

STEFANO GUARINELLI

EL SACERDOTE INMADURO

Un itinerario espiritual

TERCERA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

A don Norberto y a don Mirko,
y a su incontenible inmadurez,
de la que tanto he aprendido

Traducción de Luis Rubio Morán
sobre el original italiano *Il prete immaturo*

© Centro Editoriale Dehoniano, 2013

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2014

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigume.es

ISBN: 978-84-301-1870-0

Depósito legal: S. 327-2016

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

Introducción	9
1. La oración	17
2. La tentación	39
3. La ansiedad	57
4. La mirada	69
5. La alteración	85
6. La fecundidad	103
7. La transgresión	113
8. La pertenencia	129
9. La soledad	151
10. La presidencia	167

INTRODUCCIÓN

Creer en Cristo significa descubrir continuamente sus rasgos inigualables al tocar aquello que en nosotros es humano, a veces demasiado humano, y percibir así la extraordinaria sintonía entre el evangelio de Dios y el misterio de nuestra existencia¹.

1. Una opinión muy extendida entre la gente es que los psicólogos se dedican a la tarea –nada simpática, por cierto– de sacar a la luz lo que no funciona. Según esto, si vas al psicólogo puedes estar seguro de que lo primero que averiguarás es que todo lo que *creías* saber de ti en realidad es falso y que todo aquello que *creías* que era normal en ti en realidad no lo es.

Quizás esta opinión ha contribuido a que, a lo largo de los años que llevo ejerciendo el ministerio, no pocos compañeros sacerdotes se me hayan acercado a preguntarme: «Pero ¿qué les pasa a los curas de hoy?, ¿qué tienen que *no funciona?*».

No sabría –y por eso tampoco querría– responder a estas preguntas, al menos directamente. En cualquier caso, ya que estamos en ello, me gustaría subrayar que probablemente no sea del todo correcto considerar la cuestión de la crisis en el ministerio, con sus implicaciones más o menos dramáticas, como un problema específico de los sacerdotes en cuanto tales. Me parece más correcto tomar conciencia de que lo que debemos afrontar, si hablamos de crisis, no es primariamente la crisis del ministerio, sino la crisis de la vocación cristiana en general.

Está claro que no se pueden comparar los factores que caracterizan la vida de un sacerdote con los que afectan a las personas casadas. No obstante, parece innegable que si hoy objetivamente no resulta fácil ser cura, para el matrimonio las cosas no son

1. C. Theobald, *Trasmettere un vangelo di libertà*, Bologna 2010, 22.

muy diferentes. Con esta observación no pretendo en absoluto hacer valer el refrán «mal de muchos, consuelo de tontos», sino simplemente señalar que, si queremos reflexionar sobre determinados fenómenos, no podemos aislarlos de la dinámica general en la que están incluidos. De lo contrario corremos el peligro de creer que estamos todavía en la fase de recogida de datos –objetiva e incluso un poco positivista– y no darnos cuenta de que ya hemos hecho una notable interpretación de los mismos.

Me explicaré mejor con un pequeño ejemplo. Preguntar por qué los curas se encuentran hoy en dificultades es como preguntar a qué se debe que en nuestro país la estatura media de los hombres haya aumentado diez centímetros desde los años 60. ¿La de los hombres? ¿Y la de las mujeres no? Si seleccionamos así el dato nos exponemos a formular una hipótesis teórica, aun cuando nos parezca que todavía nos encontramos en la simple recogida de datos.

2. Por tanto, no quisiera adentrarme en los meandros de reflexiones de ese tipo. Prefiero más bien partir de una constatación bastante extendida y que tiene que ver con los sacerdotes, sí, pero más probablemente con *todos*, tanto casados como no casados. Es esta: aun sin entrar en detalles, no pocos coinciden en diagnosticar, o quizás simplemente en etiquetar, este estado de cosas como inmadurez. Estamos sumidos o nos estamos sumiendo en una situación generalizada de inmadurez. El término «inmadurez», sin pretender darle un contenido más preciso, y menos aún científico –en el supuesto de que lo tenga–, apunta a una situación de desfase temporal –en el sentido de retraso– entre la edad psicológica y la edad cronológica de una persona. Las generaciones jóvenes, de forma particular, no habrían alcanzado la edad psicológica que se esperaría de su edad cronológica. Es obvio que, para ser precisos, debemos aclarar si aquí se entiende la *madurez* tan solo como una categoría de tipo estadístico, es decir, como un concepto más de orden sociológico que psicológico. Pero no vamos a dirimir aquí esta cuestión. Nos basta con constatar que el binomio madurez-inmadurez se utiliza hoy con frecuencia, al menos en el lenguaje ordinario.

De acuerdo con dicha perspectiva, los jóvenes se resisten a asumir las exigencias del ministerio sacerdotal o del matrimonio porque son inmaduros. Pero también se podría decir al revés: las generaciones jóvenes son inmaduras porque... se resisten a asumir las exigencias del ministerio sacerdotal o del matrimonio.

En todo caso —e independientemente del contenido que tenga esa inmadurez—, ahora podemos traducir esa expresión o diagnóstico como una cierta «falta de adultez». Una persona inmadura es más pequeña o más joven de lo que debería ser. Quizá no suceda así en todos los aspectos de su personalidad, sino solo en algunos rasgos, características o ámbitos.

Una posible línea de diagnóstico, que ofrecería una vía de escape, sería la siguiente: somos inmaduros; por tanto, no estamos preparados para ninguna elección de vida, y menos para una tan exigente y definitiva como el ministerio sacerdotal o el matrimonio cristiano. Parece que a tal situación habría que darle u oponerle una respuesta psicológica; quizá voluntarista, pero fundamentalmente psicológica: necesitamos madurar, necesitamos hacernos adultos. Y, en cuanto cristianos, necesitamos hacernos *adultos en la fe*.

Por tanto, hacernos adultos y, como cristianos, adultos en la fe: esta parece ser la respuesta, la estrategia formativa más adecuada. Ciertamente, después hará falta establecer un contenido que concrete esa adultez y un método para llegar a ella. Este es el tema sobre el que reflexionaremos en las páginas siguientes.

Parece de sentido común que la insistencia en la adultez o la madurez tendría que guiar el proceso hacia una vocación estable, sea la que sea. Sin embargo, esta convicción no puede dejar de confrontarse con un requisito de la experiencia espiritual cristiana formulado por el propio Jesús: «Si no os hacéis *como niños*, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt 18, 3).

La tradición cristiana, partiendo de esta exigencia fundamental de Jesús, ha desarrollado un tema que se sintetiza en la expresión de «infancia espiritual»². Sin embargo, con esta exigencia

2. La figura más representativa de esta espiritualidad es, como se sabe, Teresa de Lisieux.

ha pasado lo que con tantas otras del cristianismo: ha quedado reducida a una fórmula. El hecho de que la infancia espiritual esté bien fundamentada en el evangelio nos impide considerarla como algo más propio de la pintura naíf, y menos aún como una ocurrencia que se le escapara a Jesús en un momento en que quería decir algo provocador –bajo apariencia de una afirmación ingenua o simpática– para sacudir la conciencia de sus discípulos. La frecuencia con que aparece en los evangelios no permite pensar en nada así. Entonces, ¿de qué se trata?

3. Me parece que este es uno de esos ámbitos en que se entiende bien que el recurso a la eficacia, aunque se trate de eficacia psicológica, puede convertirse en un bumerán. En el evangelio hay algo que no es el simple producto del sentido común o mera continuidad con lo que en el orden humano se considera perfecto o, al menos, mejor. Sería como decir que si se suman las perfecciones humanas se obtiene el retrato del cristiano ideal. En principio parece sensato afirmar que si eres adulto razonarás mejor que un niño. Pero resulta que Jesús nunca dijo algo parecido. De hecho, sostuvo lo contrario. ¿Habría que hacerle caso?

4. Me parece que aquí sucede algo similar a lo que ocurre a veces en la vocación y en el discernimiento vocacional, sobre todo cuando no se tiene claro el factor o el aspecto humano –para no molestar a la psicología– de la experiencia de la llamada.

Voy a explicarme mejor. No deberíamos afirmar que la vocación cristiana, o mejor, la forma específica que esa vocación asume en una persona concreta, está en continuidad psicológica con el conjunto de sus aptitudes o capacidades. Como si en realidad la vocación no fuera sino una simple prolongación de la propia personalidad: si sabes hablar bien, lo tuyo es ser cura y quizá predicador; si juegas bien al balón, serás salesiano; si te gustan las mujeres, tu vocación es el matrimonio, y así sucesivamente. Tampoco es que deba ser al contrario, por supuesto. Pero el poseer aptitudes no puede ser el único criterio, pues la lógica cristiana de los carismas sugiere una relación más compleja con el conjunto de los propios «talentos». El «defecto» de un planteamiento así

estaría en su punto de partida, o sea, en que liga de modo directo, casi inmediato, la forma de la vocación a la calidad de las propias aptitudes. Esto parece bastante lógico, o al menos sensato, pero en realidad corre el peligro de transformar la vocación en un teorema. Y, peor aún, corre el peligro de privar a la vocación de un aspecto esencial, a saber: que ella procede de una libre iniciativa de Dios. Si me apresuro a formular una ley o una norma, en cierta manera elimino o reduzco la libertad de Dios.

Por otra parte, antes incluso de llegar a una afirmación teológica sobre la naturaleza del carisma, podríamos hacer una breve incursión en el vastísimo territorio de las vidas de los santos o de las grandes figuras cristianas que nos presenta la historia de la espiritualidad. Nos daremos cuenta entonces de que es prácticamente imposible establecer una norma. Y de que la creatividad del Espíritu parece no tener límites. En algunos santos, por ejemplo, no es difícil ver una relación entre las características de la personalidad y la forma específica de la vocación cristiana. En otros se observa más bien lo contrario: que la vocación específica llega a exigir la entrega de los propios talentos, ofrecerlos para, en adelante, prescindir de ellos. ¿Qué pensar entonces?

Creo que este es un capítulo importante porque se trata de uno de esos ámbitos en los que si, por una parte, se entiende bien que no es lícito convertir en «espiritual» lo «psicológico», simplemente cambiando el nombre a lo «psicológico» —es decir, lo «psicológico» es lo «espiritual»—, por otra parte lo «espiritual» que es «espiritualista», es decir, que no tiene en cuenta a la persona concreta, corre el peligro de ser perjudicial y no llevar muy lejos. Esto está claro desde el punto de vista práctico, pero también desde el punto de vista teológico —aun cuando a veces no se traduzca en la práctica—, porque contradice el sentido mismo de la encarnación y su lógica. Lo cual en definitiva significa —o *debería* significar— que lo «espiritual» es *también* —y siempre— psicológico.

5. El asunto es serio, muy serio. Y si no conseguimos una síntesis auténticamente evangélica, nos arriesgamos a caer en la yuxtaposición retórica, o sea, en la frase de estampita, el eslogan «eficaz» sin repercusiones reales en la vida o en la comprensión

de la realidad, esas palabras bonitas que, ya se sabe, es lo que el cura tiene que decir, como si estuviera escrito en su «protocolo de actuación».

Por otra parte, ¿qué podemos hacer? De hecho, en la formación de los seminaristas muchas veces actuamos así: por una parte les invitamos –incluso machaconamente– a ser maduros; por otra, sin embargo, cuando abordamos un pasaje evangélico –acaso en las homilías, o en las meditaciones o pláticas semanales– donde se habla de la relación de Jesús con los «pequeños», nos enfervorizamos exaltando una condición que termina perdiéndose en el eco de nuestras propias palabras. Nos falta indicar cómo se lleva a la práctica lo que predicamos. Por eso a menudo se nos dice: «Qué bien ha predicado usted, padre, qué palabras más bonitas, pero... lástima que la vida sea otra cosa».

6. Así no vale. Es como jugar al póquer con las cartas marcadas. ¿Por qué no intentar en cambio ser serios? ¿Hacer seriamente... de niños?

Pero ¿qué quiere decir esto en la experiencia concreta del ministerio? Por otra parte, ¿quién sería tan temerario como para concluir que la solución es permanecer en la inmadurez o –en el caso de que alguno se hubiera atrevido a crecer– retornar a ella? Además, en estos tiempos en los que proliferan entre los sacerdotes de la Iglesia unas conductas que, siendo benévolos, calificaremos simplemente de inmaduras, ¿resulta adecuado un llamamiento a hacerse niños? ¿No sería mejor dejarnos de juegos y empezar a ser serios?

Eso sería lo sensato. Sin embargo, el evangelio parece que nos sugiere lo contrario. Y, en cualquier caso, no podemos declinar demasiado a la ligera esa invitación. A menos que...

A menos que sea precisamente el evangelio el que nos esté sugiriendo una solución diferente. Para el adulto que acogía aquellas palabras de Jesús casi como un mandamiento, no podía en absoluto ponerse en cuestión el marco de referencia fundamental de todo israelita adulto, que era la ley. Por tanto, la invitación o mandamiento de Jesús no se entendía como una especie de regresión pre-moral o un simple retorno a un estadio de inmadurez

psicológica. En el texto de Mateo esto resulta más evidente por cuanto se llama explícitamente a la conversión, es decir, al compromiso ético. En rigor, si se refiriera pura y simplemente a la infancia, tal apelación no tendría sentido. Por eso pienso que la exigencia de Jesús se halla más cerca de la lógica y el dinamismo del juego que de la regresión a la inmadurez, a un estadio sin ley ni conciencia. Es verdad que el juego implica también un proceso regresivo, pero podemos afirmar que se trata de un proceso absolutamente saludable. Bajo ciertas condiciones, por supuesto. La primera es precisamente la *conciencia* de que se trata de un juego. Tal conciencia convierte al juego en una actividad potencialmente provechosa, capaz de proporcionar un conocimiento y unos sentimientos respecto de la realidad absolutamente verdaderos, nada ficticios. No me refiero a la actividad –tan valiosa a nivel evolutivo– del juego del niño. Hablo del juego del adulto. Desde este punto de vista, podemos seguir haciendo referencia al proceso regresivo, pero con una diferencia importantísima: jugar siendo conscientes de estar jugando no es inmadurez. El juego del adulto inmaduro en realidad ni siquiera sería juego, y en su caso la regresión tendría que ser calificada como defensiva, al contrario de la otra, que es adaptativa. La regresión defensiva «protege» a la persona del contacto con la realidad, que queda por ello distorsionada, deformada. En cambio, la regresión adaptativa permite entrar en contacto con muchos niveles de la propia persona propiciando un relanzamiento de los mismos, de manera que la relación con la realidad mejora y, en definitiva, se vuelve más auténtica.

Aunque también la regresión adaptativa necesita espacios de inmadurez evolutiva, de pasos «imperfectos». De lo contrario, no sabría adónde ir.

7. Las reflexiones que voy a exponer no son consideraciones de tipo teórico. Lo que he escrito estaba pensado inicialmente como unos ejercicios espirituales, por lo que su objetivo querría ser sobre todo la meditación y la oración.

Por esa razón, seguiré el hilo conductor de la infancia espiritual en el sacerdote adulto no con el deseo de comprender de manera sistemática la interacción de ambos niveles, aparentemente

tan distintos. Trataré de mostrar, en un proceso inverso, cómo el evangelio los presenta ya en una síntesis armónica. Aunque se trate de una armonía no siempre libre de tensiones y que incluso en ocasiones desafina.

En otras palabras, la tesis de fondo es que en realidad no tenemos que inventar nada, porque el mismo Jesús nos ha ofrecido ya indicaciones importantes para que podamos ser a la vez adultos y niños; más aún, para que *debamos* ser adultos y niños.

La invitación es válida para todo cristiano, si bien en estas reflexiones me centraré de modo particular en el ministerio sacerdotal. Esto se debe al contexto en el que se gestaron y, a la vez, al deseo de visualizarlas en un estilo de vida concreto. Ciertamente, habría sido posible una aproximación más general, que valiera lo mismo para sacerdotes y religiosos que para laicos, pero ello habría obligado a una mayor abstracción.

La mayor parte de estas reflexiones nacieron en diálogo con seminaristas de varias diócesis de Italia a los que impartí ejercicios espirituales. Para ellos mi más cordial agradecimiento.